



con espléndidos saraos la venida del futuro pariente. Verdad es que á sostener estos torpes engaños llegó de Francia un aposentador del régio huésped que le suponía en viaje, el cual asistía y ordenaba con mucha seriedad los preparativos de las fiestas. También llegaron el sombrero y las botas famosas del célebre guerrero, que se expusieron al público como objetos dignos de veneración y para mejor persuadir á las gentes de la proximidad de su dueño.

Lo que á tal punto obcecaba á la corte no era sino un sórdido interés, como lo demuestra el efecto inconcebible que produjo en ella el ultimatum del emperador á la contestación que diera Carlos á las proposiciones traídas por Izquierdo. Le había sido entregado á éste en nota verbal que contenía la irrevocable resolución de un nuevo arreglo con España sobre las bases siguientes: 1.º comercio libre entre las colonias españolas y francesas, pagando en éstas, el español como si fuese francés y el francés como si fuese español, los derechos que á los naturales se exigiesen en sus respectivos países, sin que ninguna otra nación sino la francesa pudiese obtener de España la mencionada prerrogativa, ni otra que la España pudiera conseguirla de Francia; 2.º la cesión de Portugal á España, recibiendo la Francia un equivalente en nuestras provincias contiguas al imperio; 3.º el arreglo definitivo de la sucesión al trono de España; 4.º hacer un nuevo tratado ofensivo y defensivo de alianza, estipulando el número de fuerzas con que deberían ayudarse recíprocamente ambas potencias; y 5.º, pero como artículo separado del tratado, convenir en el casamiento del príncipe de Asturias con una princesa imperial. Fué entregada la nota el 23 de Marzo, cuando nada sabía aún el emperador de lo sucedido en Aranjuez, y el agente la remitió al punto con algunas reflexiones que honra su patriotismo. Llegado este documento á Madrid, pero á distintas manos, ¿cómo se creará que, en vez del terror y la indignación que debían causar á Fernando y sus consejeros el inesperado descubrimiento de exigencias tan audaces y bochornosas, de nada se extrañaron y á todo se conformaron sólo con la promesa del casamiento? Estaba allí Escoiquiz el

malhadado autor de tal pensamiento, que veía en él una concepción de la más alta política, para ofuscar á todos con las imaginarias ventajas del enlace aun con la pérdida de alguna parte del territorio.

Tan gozosos y lisonjeros se pusieron con la promesa aquellos menguados especuladores, que, á pesar de mil indicios siniestros que se ofrecían á su consideración; á pesar de que Napoleón no acababa de llegar, Beauharnais seguía sin reconocer á Fernando, y Murat ni siquiera le había hecho la primera visita de cumplido, y sus soldados más se comportaban como altaneros dueños que como agradecidos huéspedes; á pesar de eso, decimos, bastó que el gran duque de Berg manifestase á uno de los ministros deseos de tener la espada del prisionero de Pavía, Francisco I, depositada en la real armería, para que le fuese entregada el 4 de Abril con grande pompa, sin miedo de herir el noble orgullo de la nación, que veía en ella el testimonio de una de sus mayores glorias. Godoy, á quien se hiciera igual petición dos años antes, se había negado á ella; y ahora los que le acusaban de servilismo le excedían en la humillación. Puesta la espada sobre una bandeja de plata, y colocada ésta en una carroza de gala, fué llevada con extraordinaria solemnidad al alojamiento del general francés, en cuyas manos la puso el marqués de Astorga, caballero mayor, con una carta muy expresiva del rey. Uno y otro, Napoleón arrebatando á España aquel trofeo, y Fernando cediéndolo indignamente, olvidaron que hay otros archivos inviolables é imperecederos donde las naciones depositan el recuerdo de sus hechos ilustres: la historia y la tradición.

Sin la vergonzosa dependencia que este hecho patentiza, Napoleón no hubiera tan fácilmente llevado á término la intriga que había meditado en vista de los sucesos de Aranjuez para apoderarse de la corona de España sin disparar un tiro. Su plan fué atraer á la familia real española á Bayona, y obligar allí á hijo y padre á abdicar en su favor, esperando que los pueblos, sumisos á la voz de sus reyes, le reconocieran por sucesor; al paso que, si la guerra se encendía, los conservaba en rehenes.



Para realizar este villano designio se había mantenido viva la voz de la entrada del emperador, suponiéndola siempre muy inmediata. Ya una vez la aseguró Murat de manera más decisiva, y como al mismo tiempo indicase la conveniencia de que el infante D. Carlos saliese á recibir al forastero, se dispuso al punto su partida con tres altas dignidades (5 de Abril). Habíaseles dicho que encontrarían en Búrgos á Napoleón; pero al llegar allí, supieron que ni aviso había de su proximidad, y prosiguieron hasta Tolosa. Es de advertir que otra comisión enviada cuando Fernando subió al trono, tampoco había podido llenar su misión, aunque uno de sus individuos, el conde de Fernán Núñez, pasó la frontera y se adelantó hasta Tours; sucediendo con este motivo un incidente bastante significativo para cualquiera que hubiese sido más avisado. Habiendo encontrado el conde en las inmediaciones de esta ciudad á monsieur Bausset, prefecto del palacio imperial, le preguntó con ansia si la novia venía cerca, y por más que le respondió que nada sabía de novia ni de casamiento, no por eso se desconcertó el magnate, pues atribuyó la respuesta á una discreta reserva de Napoleón ó de su servidor. Significó, pues, su camino creyendo en la próxima llegada de su presunta soberana, á quien quería rendir el primero sus homenajes.

Luego que Murat vió en camino al infante D. Carlos, renovó las mismas instancias respecto á Fernando, ayudándole el embajador Beauharnais á persuadir á los cortesanos de que sería ésta la mejor prueba que podía darse al emperador de leal amistad. Los ligeros palaciegos, observando que el infante tampoco le había hallado en Búrgos, empezaron al fin á mostrarse recelosos, y hubo algunos, como Infantado, San Carlos y Cevallos, que opinaron no debía el rey abandonar la corte hasta tener noticia positiva de haber pasado la frontera Napoleón. Empero Escoiquiz, el fatal y predilecto consejero de Fernando, seguía con su ilimitada confianza en la buena fé de Napoleón, y la llegada á Madrid de uno de los ayudantes de éste, el general Savary, decidió la resolución en su favor. Astuto y mañoso con todas las apariencias de ingenuo y sencillo el emisa-

rio, solicitó al punto una audiencia de Fernando, que le fué inmediatamente otorgada, y en ella manifestó que le enviaba el emperador á cumplimentarle y á saber si sus sentimientos para con la Francia eran los mismos que habían sido por tan largo tiempo los de su padre; en cuyo caso prescindiría de examinar los últimos sucesos, y no sólo no intervendría en ningún asunto interior del reino, sino que le reconocería en seguida como legítimo rey de las Españas. No apetecía otra cosa Fernando, pues no había dejado de inquietar su ánimo, naturalmente suspicaz, la reserva de Beauharnais: y de esta manera preparado, le anunció Savary la pronta llegada de su amo á Bayona, desde donde pasaría inmediatamente á Madrid, manifestando al mismo tiempo, que agradaría sobremanera al emperador, y lo miraría como una demostración de su cordial benevolencia respecto á la Francia, el que saliese á esperarle. Su ausencia de la corte sería, á su decir, tan corta, que seguramente se encontrarían en Búrgos. Nadie se opuso ya, aunque hubiese algunos desconfiados de un viaje y de un reconocimiento que tampoco se anunciaba de oficio todavía, y quedó definitivamente resuelta la partida del rey.

Bien podía haber contestado Fernando que sus pensamientos respecto á la Francia estaban solemnemente consignados en uno de los primeros documentos á que como soberano había puesto su firma, la real orden del día 20, en la cual declaraba que, «animado de los mismos sentimientos que su augusta padre, lejos de variar en lo más mínimo el sistema político respecto á la Francia, procuraría por todos los medios posibles apretar más y más los vínculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsistían entre la España y el imperio francés.» También podía haber manifestado su extrañeza de que tal misión no constase oficialmente; y ya que viese motivos de recelo en la actitud de Murat y de los ejércitos franceses en España, debió considerar cuánto rebajaba su dignidad ó la de la nación en hacer aquel viaje para recibir á otro soberano. Tal era la obcecación que ni con el aviso que dió un compañero de viaje de Savary de que la misión de





éste encerraba alguna trama contra S. M. y que no debía aventurarse al viaje, desistieron de él el monarca y sus consejeros. El reconocimiento de aquel rey de reyes salido del pueblo lo desvanecía á todos.

Antes de partir, escribió Fernando á su padre pidiéndole una carta para el emperador en la que manifestase que la amistad por él sostenida lealmente por tan largo tiempo sería también observada por su heredero. Carlos IV se excusó de contestar hasta haber consultado con Murat, aprovechando la reina esta ocasión para repetir sus vergonzosas protestas. «Lo que dice mi hijo, le ponía, es falso, y solo es verdadero que mi marido y yo tememos que se procure hacer creer al emperador un millon de mentiras, pintándolas con los más vivos colores en agravio nuestro y del pobre príncipe de la Paz, amigo de V. A., admirador y afectísimo del emperador, bien que nosotros estamos «totalmente puestos en manos de S. M. I. y R., lo cual nos tranquiliza, de modo que con tales amigos y protectores no tenemos á nadie.» La respuesta fué cual la deseaba quien la pedía; y á pesar de que el silencio de Carlos debió ser para Fernando otro motivo de recelo, la salida á Búrgos, señalada para el día 10, se llevó á efecto.

Acompañáronle sus consejeros predilectos, Escoiquiz, Infantado, San Carlos, Cevallos y varios otros miembros escogidos de su servidumbre; y en su ausencia quedaron los demás ministros constituyendo una junta suprema de gobierno bajo la presidencia del infante don Antonio, que debía entender solamente en lo más urgente de lo gubernativo, consultando en lo demás con el rey ó esperar á su vuelta. Los ministros no eran ya los que le había dejado su padre, don Gonzalo Ofarril tenía el departamento de la Guerra, don Miguel José de Azanza el de Hacienda, don Sebastian Piñuela el de Gracia y Justicia, y don Francisco Gil y Lemus el de Marina: solo Cevallos seguía con la cartera de Estado. Esta junta se fué aumentando á medida que arreciaron las circunstancias con el gobernador del consejo don Arias Mon, el príncipe de Castel-Franco y el conde Montarco, viniendo por último á pertenecer á ella,

los presidentes y decanos de todos los consejos.

Nadie supo conocer la perdición á que caminaban sino el pueblo, especialmente el de Madrid, á quien fué preciso hablar para aquietarle, diciéndole en un real decreto la víspera de la salida, que el rey acababa de tener noticias fidedignas de que su «íntimo amigo y augusto aliado» se hallaba ya en Bayona «con el objeto más grato, apreciable y lisonjero para S. M., como es el de pasar á estos reinos con ideas de la mayor satisfacción para S. M. y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos;» y concluyendo con asegurar que no había recelo alguno de que se turbase ni alterase la tranquilidad, buena armonía y ventajosa alianza; antes bien S. M. se hallaba muy satisfecho de que cada día se consolidaría más. No obstante, el pueblo siguió con inquieta vista á los viajeros, y los sucesos justificaron luego lo acertado de sus instintivos recelos.

Al llegar á Búrgos no hallaron á Napoleon ni noticia de que se acercase; y, sin embargo de que un chasco que recaía sobre tantos otros, debía haberles puesto en alarma, tales fueron los nuevos artificios de Savary y tal la credulidad de Escoiquiz que, con visible disgusto de los demás, se acordó continuar la expedición hasta Vitoria. ¡Qué dignidad la de un monarca de derecho divino que anda de vericúeto en vericúeto y corre legua tras legua buscando al hijo de la revolución para que le reconozca, teniendo en ménos la aclamación universal de sus súbditos!

En Vitoria tampoco halló á Napoleon. Ya se atrevieron algunos cortesanos á decir que no se debía avanzar un paso más, y aunque el iluso Escoiquiz seguía manifestando una imbecil confianza y supo por fin la llegada del emperador á Bayona, no pudiendo Savary impelerle con nuevos artificios á que imitase á su hermano, que desde Tolosa pasó al punto el Bidasoa, se prestó á ir él solo á entregarle una carta, que, al par que patentiza el afán capital de Fernando, reasume todas las humillaciones que por él había cometido en los pocos días de su reinado. «Mi señor y hermano: Elevado al trono por abdicación libre y espontánea de mi augusto padre, no he podido ver sin pesar ver-



dadero que S. A. I. el gran duque de Berg y el embajador de V. M. I. y R. han omitido felicitar-me como á soberano de España, cuando lo han hecho los de otras córtes con quienes no tengo enlaces tan íntimos ni apreciados. No pudiendo atribuirlo sino á falta de órdenes para ello, V. M. me permitirá decirle con toda sinceridad que desde los primeros momentos de mi reinado he dado continuamente á V. M. I. y R. testimonios más claros y nada equívocos de mi lealtad y de mi afecto á su persona; que la primera providencia fué ordenar que volvieran á Portugal las tropas mandadas salir de allí para las cercanías de Madrid; que mis primeros cuidados fueron la provision, el alojamiento y las subsistencias de las tropas francesas á pesar de la excasez extrema en que hallé mi real hacienda y de los pocos recursos de las provincias en que se hallaban aquellas: y que además he dado á V. M. la mayor prueba de mi confianza, mandando salir de la capital las tropas mías para colocar en ella las de V. M. Asimismo he procurado en varias cartas que tengo escritas á V. M. hacerle ver con claridad los deseos de estrechar nuestra union con un lazo indisoluble á gusto de mis vasallos, para eternizar la amistad y la alianza que había entre V. M. y mi augusto padre. Con esta misma idea, envié tres grandes de mi reino que saliesen al encuentro de V. M. en el instante mismo de haber sabido que V. M. proyectaba entrar en España; y para demostrar con mayores pruebas mi alta consideración hácia su augusta persona, hice despues salir también con igual objeto á mi querido hermano el infante don Carlos, el cual ha llegado á Bayona en estos días. No puedo dudar que V. M. ha reconocido mis verdaderos sentimientos en esta conducta.—Despues de esto, V. M. llevará á bien que yo le manifieste mi pena por no haber recibido cartas de V. M. ni aún despues de la respuesta franca y sincera que dí á la pregunta que el general Savary fué hacerme en Madrid á nombre de V. M. Este general me aseguró que los únicos deseos de V. M. eran saber si mi advenimiento al trono produciría novedades en las relaciones políticas de nuestros Estados. Yo le respondí de palabra lo mismo

que había dicho ya por escrito á V. M.; y aún condescendí á la invitación que me hizo de salir al encuentro de V. M. en el camino, por anticiparme la satisfacción de conocer personalmente á V. M. á quien ya tenía yo manifestada mi intención en esta parte. Guardando consecuencia, he venido á la ciudad de Vitoria, posponiendo los cuidados indispensables en un reinado nuevo que dictaba por ahora mi residencia en el punto central de mis Estados.—Ruego, pues, á V. M. I. y R. con eficacia se sirva poner término á la situación congojosa en que me ha puesto su silencio, y disipar por medio de una respuesta favorable las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufrirían con la duración de la incertidumbre.»

A los tres días, el 17, Savary se hallaba de vuelta con la contestación, que por cierto estaba concebida en términos bastante expresivos para disipar las aéreas ilusiones de los ciegos consejeros de Fernando. Usando en toda la carta un tono de autoridad y sin darle sino el tratamiento de alteza, decíale, respecto á la abdicación, que la reconocería si despues de examinada hallaba que no había sido forzado á ella su padre por la insurrección de Aranjuez; que no se constituía juez de lo allí sucedido ni de la conducta del príncipe de la Paz, pero que sabía muy bien lo peligroso que es para los reyes acostumbrar sus pueblos á derramar la sangre haciéndose justicia por sí mismos, que no sería conforme al interés de España, se persiguiese al príncipe de la Paz, enlazado con la familia real, prescindiendo de que no se le podría formar causa sin encausar también al rey y á la reina; por lo que indicaba se le desterrase de España y ofrecía para eso un asilo en Fracia. Mas para que se vea el tono magistral, reprensivo y hasta injurioso con que le hablaba, transcribamos aquí algunas de sus palabras: «Esta causa fomentaría el odio y las pasiones sediciosas, le decía: el resultado sería funesto para vuestra corona. «V. A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha trasmitido; si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos.» No preste V. A. oídos á consejos débiles y péfidos. No tiene V. A. derecho para juzgar al





príncipe de la Paz: sus delitos, si se le imputan, desaparecen en los derechos del Trono.» Y encarándose más adelante con él, le añadía: «V. A. no está exento de faltas; basta para prueba la carta que me escribió y que siempre he querido olvidar. Siendo rey, sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso que dé un príncipe hereditario con un soberano extranjero es criminal.» Bien se ve cuánto aprovecharon á Napoleon las cartas de María Luisa.

No habia en toda la carta más que tres ó cuatro líneas lisonjeras, aquellas en que decia que el casamiento con una princesa francesa lo juzgaba conforme á los intereses de sus pueblos, y sobre todo como una circunstancia que le unia con nuevos vínculos á una casa, de la cual no tenia sino motivos de abanza desde que subiera al trono. Pero el príncipe de la Paz sospecha que esta cláusula fué intercalada por Cevallos en el texto con el fin de que sirviese de aliciente para continuar el viaje á Bayona; y á la verdad ella altera bruscamente las ideas de la carta, y se nota que sin ella se enlazan perfectamente el período anterior y el que sigue: tambien es de advertir que en la copia publicada luego por el *Moniteur* faltaba esa cláusula.

Suponiendo cierta la suplantacion, queda la carta sin una frase, sin una palabra que mitigue la dureza de todos los conceptos, y con todo ¿se creerá que todavía Escoiquiz insistió en la sinceridad de Napoleon, y que se felicitaba y daba gracias á Dios por el suceso que iba á coronar aquel viaje? Para acabar de decidir á Fernando, terminó Savary sus instancias con estas pérfidas palabras: «Me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado S. M. á Bayona no le ha reconocido el emperador por rey de España y de las Indias... Por sostener su empeño empezará probablemente por darle el tratamiento de alteza; pero á los cinco minutos le dará majestad, y á los tres dias estará todo arreglado, y S. M. podrá restituirse á España inmediatamente.»

Dícese que las instrucciones de este indigno general no se limitaban á ejercer por medio de falacias una coaccion moral, si que tambien á

emplear en último recurso la fuerza para llevar á Fernando á Bayona, y que tenia ya dispuesto el arrebatarlo de su alojamiento en la noche del 18 al 19. Cierto es que ejercia sobre él una esquisita influencia dia y noche: que la guarnicion francesa de Vitoria fué aumentada aquellos dias, siendo ya de cuatro mil hombres; que en toda la carrera de Francia hubo tambien movimientos de tropas suyas y que se notaron otros indicios que acabaron de alarmar á cuantos los presenciaban sin los ojos de aquellos obcecados cortesanos. Entre los varios planes que se les propusieron para libertar al rey de la red en que habia caido, el del duque de Mahon pareció el más realizable y seguro: deberia Fernando salir de Vitoria camino de Francia y al llegar á Vergara, torcer hácia Durango y meterse en Bilbao, protegido por un batallon del inmemorial del Rey que se hallaba en Mondragon y por el comandante general del resguardo de la línea del Ebro, que tenia más de dos mil hombres á sus órdenes. Escoiquiz rechazó todos los ofrecimientos, diciendo que S. M. tenia grandes pruebas de amistad del emperador; y aun cuando la víspera de la salida trató de repetir el duque la proposicion, aumentados los temores generales con la llegada de trescientos granaderos á caballo de la guardia imperial, el fatal canónigo le interrumpió poniéndole la mano en la boca y diciéndole en tono decisivo: «es negocio concluido; mañana salimos para Bayona: se nos han dado todas las seguridades que podíamos desear.» ¡Las pruebas de amistad no eran sino las que contenia la carta de Napoleon, y las seguridades se reducian á las falsas protestas de Savary!

No habiendo bastado ningun recurso para sacar de su alucinamiento á este fatal consejero, el dia en que apareció el coche dispuesto para el viaje á la puerta del alojamiento del rey el pueblo se agolpó allí y con uno de sus generosos arranques le manifestó tambien sus recelos y deseos, cortando los tirantes de las mulas. Fernando salió entouces al balcon y oyó entre los vivos más de una voz ruda, pero sincera y profética que le decia: «¡Señor, no vaya V. M. á Francia! ¡Mire V. M. que se pier-



del!» Todo en vano. Fernando casi se enojó de aquellas demostraciones de lealtad, y para calmar el bullicio, hizo publicar un decreto en que, al par que se manifestaba agradecido al afecto, decia sentir «que pasase de los límites debidos y pudiera degenerar en falta de respeto con pretexto de guardarle y conservarle,» y concluia mandando que todos se tranquilizasen «que antes de cuatro ó seis dias darian gracias á Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba.

Asombra y apenas se concibe posible tanta ceguedad cuando no es un sórdido interés la vonda que cubre la razon del hombre. ¿Será que los conspiradores de Aranjuez no creyesen firme su obra mientras el emperador no la aprobase? ¿será que, aún conociendo los peligros esperasen alcanzar el reconocimiento por medio de las humillaciones? ¿será, en fin, que el egoismo de aquellos cortesanos los precipitase en la senda de humillaciones y torpezas que siguieron? Escoiquiz confiesa en su «idea sencilla» haber recibido varias cartas de la comitiva de don Carlos participándole las siniestras observaciones que allí se hacian: en una de ellas le decia don Pedro Macanaz que conveniria se verificase la entrevista dentro del territorio español, y le instaba en otra á que pasase él á Francia con el duque del Infantado para arreglar el asunto sin comprometer la seguridad del rey. ¿Será, pues, descaminado creer que la única consideracion que tuvo presente aquel malhadado consejero fué la que manifiestan las palabras indignas que se le escaparon en su último diálogo con el duque de Mahon: que si Napoleon se irritaba contra ellos (los consejeros) y se obstinaba en examinar la legitimidad de la abdicacion, era posible que los tratase como reos de estado «mandando prenderlos á todos, y aún al rey mismo, para entregarlos á su padre?» Seguramente no era el interés del rey ni el de la patria el que sugirió á aquellos cortesanos tanto desacierto; no era la obcecacion ya, sino su bastardo egoismo.

Al fin el dia 20 pasó Fernando el Bidasoa, límite de su reino, al cual no debia volver ya sino por un heroico esfuerzo del pueblo, y lle-

gó á Bayona á las diez de la mañana. Ni una comision habia salido á recibirle, ni un edecan siquiera á cumplimentarle. Sólo encontró en el camino á los tres grandes que habian ido en busca de su novia, los cuales le informaron de haber oido de boca del mismo emperador en la mañana del dia anterior, que los Borbones habian cesado de reinar en España. Aterrado miró Fernando á sus consejeros como reprendiéndoles de su torpeza; pero las faltas habian sido comunes, y no era tiempo ya de reconveniones ni de pensar en remedios. Solo Escoiquiz ¡imbécil! permaneció todavía confiado y halló palabras para reanimar á todos al ver salir á las puertas de Bayona al príncipe de Neufchatel y al mariscal Duroc á cumplimentarles, y mejor diríamos á recibir unos prisioneros.

Napoleon, á pesar de los medios que habia puesto en accion para coger en sus redes á la córte española, se sorprendió tanto al anunciarle la próxima llegada de Fernando, que prorumpió en exclamaciones de incredulidad. Dejó trascurrir una hora antes de ir á visitarle, atencion de mero cumplimiento que en su desconsuelo desvaneció de tal suerte á los viajeros, que Fernando bajó desatentadamente á recibirle á la puerta de su alojamiento, se arrojó á sus brazos y Escoiquiz, entusiasmado á la vista de esta escena, levantaba los brazos al cielo dando gracias al Todopoderoso porque le habia permitido llevar á cabo su grande pensamiento. Despues de un breve rato de conversacion sobre asuntos indiferentes, se marchó Napoleon dejando llenos de gozo á sus huéspedes, que para acabar de desvanecerse recibieron en seguida una invitacion para ir á comer aquella tarde en el palacio de Marrac, morada del emperador. Al llegar allí salió éste á recibir á su convidado al estribo del coche, cumplido usado sólo entre soberanos, y ya nadie pensó en los lúgubres anuncios que se les hicieron en el camino. Atendiendo sólo á los agasajos de la simple cortesania, no repararon el estudio con que Napoleon evitó en toda la comida dar á Fernando ningun tratamiento, ni aún el de alteza, hablando impersonalmente ó usando de *vos*. Se retiraron haciendo mil elogios de las prendas del célebre guerrero, bien